



La Santa Sede

VIAJE APOSTÓLICO A ESTAMBUL, ÉFESO Y ESMIRNA

**DISCURSO DE SU SANTIDAD PABLO VI
AL PRESIDENTE DE TURQUÍA***

Estambul, martes 25 de julio de 1967

Señor Presidente:

Nos os estamos agradecidos por el recibimiento tan solemne y tan cordial que Nos habéis querido reservar en vuestra casa y deseamos expresaros ante todo la alegría que experimentamos por esta primera visita que Nos es dado hacer a vuestra noble Nación.

Cuando Su Excelencia, el Sr. Ministro de Asuntos Extranjeros, en su visita al Vaticano hace algunos meses, tuvo la bondad de invitarnos a venir a Turquía, Nos no pensamos que este proyecto se pudiera realizar tan pronto. La Providencia Nos ha presentado la ocasión y Nos hemos apresurado a aprovecharla.

Como todos los viajes que Nos hemos emprendido desde el comienzo de Nuestro Pontificado, éste, como bien sabe Vuestra Excelencia, tiene una finalidad ante todo religiosa; pero al mismo tiempo permite entrar en contacto en esta ocasión con un gran pueblo, y Nos consideramos dichoso de poder así conocerlo de más cerca.

Llamado hace cuatro años al pesado cargo de Obispo de Roma y Jefe de la Iglesia Católica, Nos hemos encontrado en la herencia de Nuestro inolvidable predecesor Juan XXIII muchas adquisiciones debidas a las iniciativas de su corto, pero fecundo pontificado. Una de las más valiosas la constituye sin ninguna duda las relaciones diplomáticas estables y regulares que él, después de tantos siglos de silencio e incluso de hostilidad, estableció con esta Nación, que personalmente había conocido bien y amado tanto.

Asimilando a Nuestra vez los puntos de vista de este Pontífice de gran corazón, Nos hemos preocupado por desarrollar y reforzar estas relaciones. Esto fue, como bien sabéis, lo que Nos inspiró entre otras ideas la de restituir al Gobierno Turco el estandarte de la batalla de Lepanto que, desde tiempos lejanos, se conservaba en Roma; gesto que Nos realizamos con sumo agrado, para dar testimonio público de que las disensiones del pasado habían desaparecido totalmente, y que nada es tan apreciable como ser para todos los pueblos un mensajero de paz y mantener, particularmente con el vuestro, relaciones selladas con la más sincera y más cordial amistad.

Hay en esto un motivo muy particular y es el hecho de que la gran tradición cultural, cuyos signos son tan numerosos en vuestro País, incluye centros que son de considerable interés para la Iglesia Católica y para todos los cristianos. ¿Cómo olvidar que el nombre de muchas de vuestras ciudades les recuerdan los destinatarios de las Cartas del Apóstol San Pablo, y que otras están vinculadas para siempre con los grandes recuerdos de los primeros Concilios ecuménicos?

Turquía además conserva tesoros de arte y de cultura que, bien puede decirse, pertenecen al patrimonio común de la humanidad. Y los cristianos aspiran a no ser los últimos en conocerlos y apreciarlos. Y con esto Nos queremos deciros, Señor Presidente, que Nos parecen sumamente oportunos los esfuerzos del Gobierno Turco por valorizar estos recuerdos y estos lugares, y por facilitar el acceso a ellos a los peregrinos y turistas de todas las naciones.

Este esfuerzo, y Nos bien lo sabemos, es uno más en el cuadro de la evolución general de la moderna Turquía: evolución cuyo mérito recae sobre la sabia clarividencia de sus dirigentes, a la que nos alegramos de tener esta ocasión de rendir homenaje.

Agradeciendo de nuevo a Vuestra Excelencia esta acogida y confirmándole una vez más Nuestra alegría por este encuentro, Nos invocamos sobre Vuestra Excelencia, sobre su Gobierno y sobre toda su amada y grande Nación, la protección de Dios omnipotente.

*ORe (Buenos Aires), año XVII, n°764, p.4.